



Bloc de notas

POR LUIS M. ALONSO

Lección ética de dolor

Kenzaburo Oé recoge en Cuadernos de Hiroshima los testimonios de las víctimas del bombardeo atómico

Cuenta **Kenzaburo Oé** que si la bomba atómica en vez de lanzarla sobre Hiroshima la hubiesen arrojado sobre Leopoldville, en el Congo, una ciudad entera habría sido devastada de un solo y mortífero golpe como si se tratara de un campo de concentración nazi. Todos sus habitantes, escribe Oé, habrían sido condenados a muerte, «imposible encontrar un solo signo de esperanza». Para él, cuando la bomba se arroja sobre Hiroshima el resultado, sin embargo, no es tan espantoso como el del hipotético caso congoleño; porque lo primero que hacen los habitantes de la ciudad nipona, antes de reprocharle nada a quienes lanzaron la mayor descarga de furia humana que se recuerda, es luchar por recuperarse y reconstruir. Oé explica que aquellas gentes pensaron en su propio bien, «pero al hacerlo aliviaron de alguna forma el cargo de conciencia que podía pesar sobre quienes arrojaron la bomba». Fue el modo en que el bien ayudó entonces a equilibrar el mundo tras un ataque de ira del mal absoluto.

La maldita bomba acabó siendo el símbolo de la maldad humana, por mucho que **Harry S. Truman** quisiera entonces minimizar sus crueles efectos asegurando que se trataba de una medida de castigo para evitar la pérdida de un mayor número de vidas. Un humanismo de lo más paradójico, pensó Oé. La confianza del lobo que ataca a la oveja y piensa, al mismo tiempo, en su capacidad para rehacerse del daño, aunque el daño resulte despiadado. El mal no va a ser tan devastador que impida a Truman conciliar el sueño después de pronunciar sus terribles palabras con el fin de justificarse ante los ojos aterrados del mundo: «Era mi responsabilidad para obligar a los señores japoneses de la guerra a llegar a un acuerdo lo más rápidamente posible con la mínima pérdida de vidas».

En Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, se cree que murieron hasta 140.000 personas. Otras 80.000 dejaron de existir cuando un segundo dispositivo explotó en el cielo de Nagasaki tres días más tarde. Era la primera vez que las armas nucleares se habían utilizado para matar a la gente, y por espacio de casi seis décadas desde entonces los físicos han tratado de reconstruir lo que sucedió durante y inmediatamente después de los ataques.

Los verdugos creyeron que las víctimas sabrían reponerse del castigo, confiaron en su resistencia humana como una forma de expiar las culpas. Porque no todos, ni siquiera en una circunstancia tan dura como aquella, tras años de guerra y sufrimiento, pensaban como Truman o aquel canalla comandante y piloto del «Enola Gay», que declaró años después que estaba ansioso por descargar su carga mortífera.

El general de brigada **Paul W. Tibbets, Jr.**, rey de la superfortaleza «B-29» que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, murió en su casa de Columbus, Ohio, a los 92 años, sin mostrar remordimiento por lo que había



Cuadernos de Hiroshima

Kenzaburo Oé
Anagrama, 2011,
220 páginas,
18 euros

hecho. En el documental **Los hombres que trajeron el amanecer**, emitido coincidiendo con el 50.º aniversario del bombardeo atómico, expresó así su punto de vista sobre el asunto: «Quería hacer todo lo que pudiera para someter a Japón. Yo quería matar a esos bastardos. He estado convencido de que hemos salvado más vidas que las que nos llevamos». Después de lanzar la bomba bautizada como «Little Boy» se quedó observando el inmenso hongo de humo y dijo: «¡Menudo pepinazo!». El nombre del avión era el de su madre, todo un detalle de un hijo solícito.

Kenzaburo Oé, una de las cumbres de la literatura japonesa moderna, premio Nobel, deslumbrante autor de **Una cuestión personal** y **El grito silencioso**, y padre de un discapacitado por hidrocefalia condenado al autismo, viajó en los años sesenta a Hiroshima para interesarse por los testimonios de las víctimas de aquella maldita «bomba justiciera» de

Truman. Lo recibieron héroes silenciosos, ancianos obligados a vivir en soledad, mujeres y jóvenes desfigurados, y médicos que luchaban denodadamente contra los efectos tóxicos de la radiación. Encontró el pueblo jamás dispuesto a rendirse que Truman había elegido para soportar el dolor y aliviar la culpa de quienes, en nombre de la seguridad, les habían infligido tanto daño. De ahí surgió **Cuadernos de Hiroshima**, uno de los dos reportajes más estremecedores que se han escrito sobre las consecuencias de la bomba atómica. El otro fue el del periodista **John Hersey**. La ética que acompaña a Oé en su trayectoria está basada en las lecciones aprendidas del dolor humano de aquellos seres condenados por la historia.

El señor **Sadao Miyamoto**, una de aquellas víctimas, murió acariciando un conmovedor deseo de paz. La última vez que el joven escritor lo vio había recibido un humilde homenaje de los participantes en la marcha que se celebraba en Hiroshima con motivo de la novena conferencia mundial contra las armas nucleares. «Se retiraba hacia la muerte con un ramo de flores en las manos, los hombros encogidos con resignación y, a pesar de todo, con evidente satisfacción y dignidad. Cuando entró en aquel lugar (el hospital) al que a nosotros, los de fuera, no se nos permite entrar, apenas podía sostenerse por sus propios medios. Las semanas que llevan del verano al otoño, las pasó en la cama y murió con la llegada del invierno». Sólo entonces se rindió.